

Aquí Legrand vuelve sobre su tesis ya conocida (recuérdese su art. *L'arrière-plan neotestamentaire de Luc 1,35*, en RB 70 [1963] 161-192) de la relación entre Lc 1,35 y Rom 1,4: Lucas en el segundo parlamento del ángel retroproyectaría sobre la misma concepción de Jesús la filiación divina que la reflexión teológica plasmada en Rom 1,4 descubría a partir de la Resurrección. Lo propio de Lucas habría sido atribuir a la acción del Espíritu en la Concepción de Cristo la filiación divina que la primitiva teología postpascual atribuía a la acción del mismo Espíritu en la Resurrección.

Finalmente, sobre la base —también muy discutible— de que el autor de Lucas 1-2 sea el propio Lucas, autor del resto del Tercer Evangelio y del libro de los Hechos, Legrand recoge con entusiasmo la tesis ya defendida por Morgenthaler de que el Evangelio de la Infancia es lo último que escribió el médico antioqueno para prólogo a toda su obra. Mi discrepancia aquí es radical. Lejos de encontrar en Lucas 1-2 el último estadio de una reflexión cristológica por parte de Lucas, me parece descubrir en estos dos capítulos una cristología embrionaria, de cuño netamente judeo-cristiano, anterior al encuentro del Cristianismo con la cultura helénica. Las coincidencias de vocabulario entre Lucas 1-2 y el resto de la obra lucana no arguyen necesariamente que él sea el autor de estos dos primeros capítulos; cabe la hipótesis de un original hebreo en cuya traducción y adaptación hubiera intervenido el autor del Tercer Evangelio. Y las coincidencias de la teología de estos dos capítulos con la del resto de la teología lucana son las imprescindibles entre autores que profesan la misma fe; las discrepancias son muy notables.

Me he fijado casi exclusivamente en los puntos en los que discrepo de Legrand, porque pienso que le puede interesar conocer las razones de esta discrepancia. Pero su obra tiene mucho más de positivo que de discutible. Admiro su erudición, la profundidad de sus análisis y su actitud equilibrada ante el maremagnum de opiniones sobre los diversos puntos tratados. Hay mucho que aprender en esta obra que honra a su autor y a la colección que la publica.

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS

FERNÁNDEZ MARCOS, Natalio, *Introducción a las versiones griegas de la Biblia*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Textos y Estudios «Cardenal Cisneros» 23 (Madrid 1979), XIII-349 pp.

Es una satisfacción disponer en lengua castellana de una «Introducción a las versiones griegas de la Biblia», que merece figurar junto a las existentes, únicamente en lengua inglesa, de Swete y de Jellicoe, y que aporta nuevas perspectivas y las adquisiciones de la investigación más reciente. Esta obra es de interés no sólo para el círculo esotérico de los especialistas de la Biblia griega, sino también, y más de lo que ellos mismos son conscientes, para los exégetas y estudiosos del Antiguo y Nuevo Testamento, así como para los filólogos del helenismo.

Dedicamos en esta reseña especial atención a los aspectos que ofrecen mayor interés desde la perspectiva de los estudios bíblicos.

En la parte I, «El marco lingüístico y cultural», al hablar del griego bíblico y de su puesto dentro de la *koiné*, es de resaltar el tratamiento sobre la nueva perspectiva del bilingüismo y la existencia o no de un lenguaje judeo-griego, así como la necesidad señalada de trazar en lo posible las sucesivas etapas de evolución del griego bíblico. En el apartado sobre la Septuaginta como traducción, se reconoce en todo su valor la pluralidad de LXX, puesta de relieve en el estudio de las diversas técnicas de traducción. Frente a la visión de LXX como una paráfrasis targúmica o un «comentario teológico» (R. Kittel), es preciso reconocer una mayor fidelidad de LXX respecto al texto hebreo. Las grandes desviaciones entre LXX y el texto hebreo masorético (TM), en los libros históricos en particular, son reflejo más que de las tendencias exegéticas de los traductores, del pluralismo textual hebreo, imperante durante la época a la que pertenecen los manuscritos de Qumrán (en particular 4Q Sam^{abc}). Por otra parte, antes de ensayar la retroversión del griego a una posible *Vorlage* hebrea propia, se ha de resolver la cuestión previa sobre las posibilidades lingüísticas de la lengua de traducción para reproducir literalmente expresiones y modalidades de la lengua original.

En el estudio de «Los orígenes de la Septuaginta» (parte II), la obra de F. M. recoge discusiones clásicas sobre el valor de la Carta del Pseudo-Aristeas y sobre el origen targúmico de las versiones griegas (Kahle) o el origen a partir de una sola versión recensionada más tarde en diversas etapas (Lagarde). La presente obra tiene el mérito de presentar además una amplia discusión sobre cuestiones más internas al propio texto griego, como son las relativas a los dobles textos presentes en LXX: en Daniel (LXX y Teodoción), Tobit (B-A y S), Jueces (B y A), Habacuc (LXX y texto Barberini), y en particular en Reyes y Esdras.

Es oportuna la advertencia de que la inclusión de elementos targúmicos en LXX es sobria y en algunos libros casi imperceptible, por comparación sobre todo con los Targumes arameos. Es igualmente necesario el *caveat* expresado frente a la rápida utilización de los posibles targumismos y fenómenos midrásicos presentes en LXX con el propósito de fechar tradiciones targúmicas; en tales casos se puede caer en el error de atribuir a la versión original tendencias targúmicas, que aparecen más bien y dan lugar incluso a las recensiones posteriores de LXX.

En la parte III. «La Septuaginta en la tradición judía», junto a las figuras de Aquila y sus predecesores y de Teodoción y el Proto-Teodoción, F. M. acumula los indicios y huellas de lecturas simaquiánas anteriores al Símaco histórico.

Entre las versiones antiguas, junto a la *Quinta*, *Sexta* y *Séptima*, se pasa revista a la investigación reciente sobre las versiones conocidas como El Hebreo, El Sirio, el *Samariticon* y el traductor Josefo. La *Quinta*, identificada con la recensión *kaige* por Barthélemy, parece manifestarse en el libro de los Salmos como un miembro de esta recensión. La traducción atribuida por Padres de los siglos IV-V al Hebreo ha ganado entidad propia, gracias al aumento de los testimonios conservados de la misma.

Se añade un capítulo sobre las «Versiones judías al griego medieval y al neogriego», tema no tratado en otras introducciones. Estas versiones ponen

de relieve la continuidad de la tradición judía desde las antiguas versiones de la Biblia hasta el Pentateuco de Constantinopla, expresada en un judeo-griego (griego-calco), típico de una circunstancia de bilingüismo.

Al tratar de «La Septuaginta en la tradición cristiana» (parte IV), F. M. reafirma las posibilidades de restauración textual o de aproximación a la antigua Septuaginta.

Junto a la exposición de la problemática clásica sobre las recensiones de Orígenes, Luciano y Hesiquio, es importante la discusión sobre las revisiones pre-hexaplares y en particular sobre el texto proto-luciano. Igualmente, a la presentación de la transmisión indirecta en citas bíblicas (de historiadores judeo-helenísticos, apócrifos, Filón, Josefo, NT, inscripciones y papiros, y Padres), se añade la novedad de prestar mayor atención a las Aporías y Comentarios y a la literatura de las *Catenaes*.

En la parte V. «La Septuaginta y los orígenes cristianos», se añade un capítulo sobre la religión y teología de LXX en relación con el helenismo, tema que tampoco es tratado específicamente en las introducciones de Swete y Jellicoe; se advierte en este tema una tendencia actual a reconocer la continuidad más que la discontinuidad entre el mundo teológico del Antiguo Testamento y el pensamiento griego. El interés reciente en los descubrimientos de Qumrán y Nag-Hammadi, en la literatura judeo-helenística y pseudo-epigráfica intertestamentaria, así como en la literatura targúmica y midrásica, puede oscurecer en ocasiones la importancia del estudio de Septuaginta para el Nuevo Testamento, demostrada, sin embargo, en un tema tan debatido actualmente como es el de las citas del Antiguo Testamento en el Nuevo. La situación de verdadero trilingüismo imperante en la Palestina del siglo I y el peso de la sublengua que representa la Septuaginta, obliga a dar más cabida, frente a la explicación basada en los arameísmos, al fenómeno de los hebraísmos indirectos o septuagentismos.

Cada uno de los capítulos del libro va seguido de una bibliografía específica y de las notas correspondientes al texto; en éstas se encuentran los datos de mayor interés para el especialista. Se añaden índices de términos técnicos y de autores modernos, así como diversas listas de abreviaturas utilizadas. La presentación tipográfica es de calidad, y se han cuidado incluso los encabezamientos superiores de cada página, lo que facilita la consulta rápida del libro.

Nadie podrá echar de menos el tratamiento de temas que esta Introducción, voluntariamente selectiva, no se ha propuesto. En realidad esta obra desarrolla todos los temas que deben ser tratados y algunos más. Únicamente para datos ulteriores, el mismo autor se refiere a las Introducciones de Swete y Jellicoe, en especial por lo que se refiere a datos sobre manuscritos, papiros y ediciones de LXX, así como a las versiones dependientes de LXX y a la presentación detallada de cada libro de LXX. La Introducción de F. M., más que un arsenal de datos sobre estas cuestiones, constituye un ejercicio y una lección de táctica y método en el manejo de LXX, pasando revista a las diferentes opiniones y a la bibliografía reciente sobre la investigación de LXX.

Este libro constituye una invitación y una orientación para el estudio ulterior. El lector descubre campos de trabajo que están pidiendo operarios. Si para el estudio de la Biblia griega disponemos ahora de buenas Introducciones, se echa de menos la existencia de unos comentarios filológicos y exegéticos sobre cada libro, como existen para la Biblia hebrea. Disponemos ya de la edición de Gotinga para gran parte de los libros del Antiguo Testamento griego; ello facilita el texto de base para el comentario. En el caso de los libros todavía no editados en Gotinga, como es el de los libros históricos, el comentario filológico y exegético sobre los textos ya conocidos y en particular sobre el texto «luciano», facilitará no sólo datos, sino incluso criterios para la edición del texto.

Un campo menos desarrollado en esta Introducción y que interesa particularmente al biblista es el de la valoración textual de LXX en orden a la aproximación posible a una *Vorlage* hebrea, con una discusión sobre los criterios de la misma. Es igualmente importante para el biblista la cuestión de la valoración de las versiones secundarias de LXX, en particular de la *Vetus Latina*.

Así pues, no sólo el biblista sino también el helenista se reconocerá en este libro por las observaciones sobre el tratamiento filológico de LXX y su marco lingüístico y cultural.

JULIO TREBOLLE

GIRAUDO, C., *La Struttura Letteraria della Preghiera Eucaristica*. Saggio sulla genesi letteraria di una forma (*tôdâ* veterotestamentaria - *brâkâ* giudaica - anafora cristiana), *Analecta Biblica* 92, Roma (Biblical Institute Press) 1981 Lit 26.000 \$ 28,90).

La monografía presentada por C. Giraudo es una tesis doctoral que se defendió en la facultad teológica de la Universidad Gregoriana (Roma) en enero de 1980, dirigida por M. Arranz (Pont. Inst. Or.) y por M. Gilbert (Pont. Inst. Bib.).

El autor acepta la dependencia de la anáfora cristiana de la plegaria judía; pero se pronuncia claramente por la independencia de la anáfora sea de los formularios judíos domésticos o sinagogales, como insuficientes para explicar el origen literario de la anáfora, desde el momento en que también los formularios judíos —para ser explicados con profundidad— exigen un estadio eucológico tanto posterior como anterior. Desde este momento, en que C. Giraudo constata que el recurso a los formularios judíos le resulta insuficiente para explicar la anáfora cristiana, se dirige a un estadio pre-judío, e. d. sus antecedentes directamente en la eucología bíblica.

Entre los formularios que ofrece el AT se constata con particular interés la oración penitencial de Neh 9, que generalmente se acepta como un modelo de liturgia sinagoga; hay que admitir que Neh 9 no presenta un formulario aislado, sino que simultáneamente existen otros textos en la prosa litúrgica que tradicionalmente se han considerado como «oraciones de confesión de los pecados», que son plegarias pronunciadas por el pueblo en su condición de participante en la alianza con el Señor. En estos formularios se usa la tipolo-